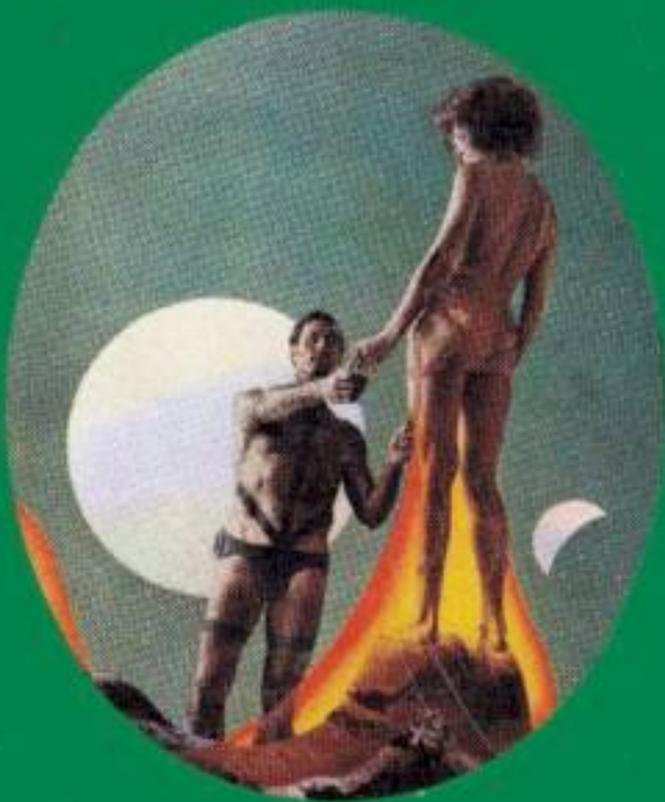


Theodore Sturgeon

LAS INVASIONES JUBILOSAS

CIENCIA FICCION



Theodore Sturgeon, el famoso creador de *Más que humano* y ganador de los premios «Hugo» y «Nova», en tres relatos de invasiones extraterrestres, llenas de encanto.

Los niños del Comediante, con su extraño personaje Jeri Gonza; *Medusa*, o las inesperadas aventuras de un pordiosero y *El Cuisco, el Casco y Boff*, tres historias cautivantes y tres finales inesperados.

PREFACIO

«La ciencia ficción es la búsqueda de una definición del hombre y su ubicación dentro de un Universo que resulte coherente con nuestro nivel de conocimientos (ciencia), que es avanzado, pero a la vez confuso...», dice Brian Aldiss en su *Verdadera Historia de la Ciencia Ficción*. Y prosigue: «Cuanto mayores sean los poderes extraordinarios que posea el protagonista, más "científica" será esa ciencia ficción. Por lo contrario, cuanto más común y falible sea ese protagonista más alejado estará del estilo anterior».

La colección Azimut presenta aquí tres notables relatos de Theodore Sturgeon. Sus protagonistas son un comediante complejo y contradictorio, en el primero; un marginado resentido y hosco, en el segundo, y un conjunto heterogéneo de seres humanos que comparten la pensión de un pueblo provinciano, en el último. Son protagonistas comunes y falibles, como cualquiera de nosotros.

Son tres relatos sobre seres humanos. Y la ciencia ficción en manos de Sturgeon es el bisturí que él utiliza para realizar una operación muy delicada: descubrir ante los ojos del lector el sentido de la condición humana y las dificultades de cada hombre para su realización con plenitud. El hombre parece volverse más humano al afrontar el desafío de su lucha contra sus propios fantasmas. Por eso Sturgeon introduce sus «invasiones»; y sus invasiones son «jubilosas» porque operan como verdaderos estímulos que permiten a los hombres ayudarse en el difícil proceso de descubrirse a sí mismos.

El mensaje es claro: frente al impacto objetivo de una influencia extraordinaria surge la necesidad de poner en funcionamiento los mecanismos mediante los cuales la especie humana habrá de sobrevivir. No es tarea fácil. Pero Sturgeon acomete la empresa con entero optimismo. Cree firmemente en la capacidad de reacción de los hombres y en sus posibilidades para modificar la realidad del Universo. De hecho, los resultados no expresarían la suma de aportes de seres humanos aislados sino a la humanidad en su conjunto.

Por otra parte, el tema de la incomunicación humana aparece como una constante en la obra de Theodore Sturgeon juntamente con su apasionado interés por los productos tecnológicos fruto de la mente del hombre. Pero lejos de ser un escritor ceremonioso, aborda sus narraciones con humor y agilidad, generando una especie de «divertimiento» psicológico, casi chaplinesco, con su perfecta combinación de alegría y nostalgia.

«Los niños del Apacible Comediante», «Las nupcias de la Medusa» y «El [Cuisco], el [Cuasco] y Boff» son ejemplos acabados de una ciencia ficción madura, adulta, que consigue encarar problemas esenciales sin perder frescura ni originalidad. Es una ciencia ficción que logró comprender la imposibilidad de la transformación del hombre —la creación del hombre nuevo— a partir de una acumulación de valores que ya han perdido vigencia. Sólo cabría, entonces, el intento de encarar el manejo de nuevos valores. Para lograrlo, Theodore Sturgeon propone la incorporación de algún factor externo que permita provocar un salto repentino. Intentemos recorrer ese camino y auscultar sus consecuencias introduciéndonos en sus *Invasiones Jubilosas*.

LOS NIÑOS DEL APACIBLE COMEDIANTE

(The Comedian's Children, 1958)

El primer tercio del apacible Siglo Veintiuno llegó a su fin a las diez de la mañana del 17 de mayo del año 2034, con el regreso a la Tierra de un crucero espacial Fafnir modificado, comandado por el capitán Avery Swope. Quizás, en una época anterior o posterior, la crisis que comenzó en dicha fecha hubiera tenido menores consecuencias. Sin embargo, la Tierra estaba arrullada y satisfecha consigo misma, y tenía sobradas razones para estarlo: las rivalidades internacionales estaban relegadas a los estadios de fútbol y las canchas de tenis, y se había logrado un equilibrio inteligente del comercio y una redistribución de la agricultura y la industria.

La misión del capitán Swope había sido efectuar el aterrizaje extraterrestre número doce. El cuerpo celeste donde esto se llevó a cabo era Japeto —a veces llamado Iapetus—, el notable octavo satélite de Saturno. Todos los satélites de Saturno son notables, cada uno por un motivo diferente. El motivo que hacía destacable a Japeto era su luz fluctuante: siempre titilaba con un fuerte resplandor por el lado este del anillado planeta, y menguaba pálidamente tras el borde occidental. Evidentemente la pequeña luna estaba mitad iluminada y mitad a oscuras, y mantenía una faz siempre dirigida hacia el astro padre; pero ¿por qué una luna habría de estar mitad iluminada y mitad a oscuras?

Era un misterio intrigante, y estaba de moda usar toda suerte de adornos que imitaban las fluctuaciones de ese astro inconstante: gemelos y broches para túnica que se apa-

gaban y resplandecían alternadamente, envolturas para pan y sobrecubiertas de libros en abigarrada dicotomía. Se hicieron reproducciones del magnífico óleo de Pederson, un clásico de mitad de siglo que mostraba una nave espacial encallada en una de las lunas de Saturno, con cuatro figuras uniformadas apeándose, que se convirtió en una especie de párrafo final para las notas periodísticas sobre la hazaña de Swope y para los escaparates que exhibían las baratijas bicolors. Todo el mundo se maravillaba de la infalible predicción del artista del siglo XX sobre los contornos de un cohete Fafnir. Nadie notaba que el cuadro no podía representar a Japeto, que no tiene cielo azul ni rocas desgastadas, y que debía ser con seguridad la visualización de Titán según el meticuloso Pederson. Todos creían que era Japeto, y como no había evidencia alguna acerca del porqué de la variación de la brillantez de Japeto, el público acogía el retrato como un misterio. Se comentaba que Swope lo averiguaría.

El capitán Swope lo averiguó, pero no lo alcanzó a decir. Algo le sucedió a su Fafnir en Saturno. Sus señales fueron débilmente recogidas a través del estruendo de una perturbación eléctrica en el planeta padre. Las señales eran indescifrables, y fueron las últimas. Luego, sin voz, regresó, retomó su órbita de frenado, y finalmente emergió desde la oscuridad, chillando a través del azul primaveral. El hecho de que a esa altura tan elevada —más de ochenta kilómetros— la nave tomara una posición de popa hacia abajo, probaba que algo andaba muy mal. La calculada deliberación con la que llegó a White Sands y las constantes guiñadas —como las de un bate de béisbol haciendo equilibrio en un dedo—, dieron la confirmación final de que estaba intentando un aterrizaje bajo control manual, cosa que jamás se había intentado previamente con un aparato del tamaño de un Fafnir. Pero la maniobra se ejecutó magníficamente. Es posible que nunca se iguale ese estrepitoso impulso descendente a través de esos kilómetros, más de se-

tenta, sin una guiñada que las manos avezadas del piloto no pudiera compensar. Salvo la última.

¿Qué pasó? ¿Acaso algún diablillo de viento, algún duende huidizo de huracán, arremetió contra el Fafnir? ¿O era que la tensión y el esfuerzo fueron finalmente demasiado crueles para los músculos fatigados que no podían, ni por un segundo, descansar y pasar los controles a otro par de manos? Sea lo que fuere, sucedió a una distancia de cinco kilómetros y cuarto. El crucero se revolvió bramando mientras su piloto hacía un último esfuerzo desesperado por ganar un poco de altura y volver a intentar el aterrizaje.

No obtuvo ningún resultado. Por el contrario, perdió altura, precipitándose como un dirigible desbocado, cada vez más velozmente, esperando quizás alejar de un puntapié la curvatura de la tierra; hasta que sobre Arkansas, la proa del cohete —que constituía prácticamente todo el interior de la nave— se desintegró, y la cola estalló. Dio dos vueltas y se incrustó en un campo de alfalfa.

Dos días más tarde un fotógrafo apareció con una fotografía milagrosa. Se rumoreaba sordamente que había llevado a una niña —la chica de los Tresak, de tres años de edad, que habitaba en una granja a unos pocos kilómetros del lugar del choque— e, imperdonablemente, la había hecho posar cerca de los restos del cohete; pero esto nunca se pudo comprobar y, de todas maneras, ¿cómo podría el fotógrafo haber sabido lo que iba a suceder? No obstante, la milagrosa ausencia momentánea de cualquier objeto en el fondo amplio y claro, las sombras que rodeaban a la niña y el brillo de la chatarra de metal que se erguía detrás de ella, coronándola —pero, por sobre todo, el milagro de la niña misma, de ojos negros, cabello dorado, confiada, temeraria, con una mano tierna apoyada en el acero desgarrado que sin lugar a dudas le hubiera hecho jirones la piel de haber sido menos hermosa—, todo esto produjo una de las más memorables fotos de la década. De un día para el otro se hizo famosa en todo el país, y se hizo querer como

una especie de fénix infantil que emergía del cadáver del pájaro rugiente; y del mismo modo que las ásperas ruinas no podían dañar su mano, la muerte del magnífico Swope no dejaría tan dolorida a la nación gracias a ella.

Por lo tanto, la noticia de que al tercer día de su contacto con los restos de la nave de Japeto, la chica de los Tre-sak cayó enferma de un mal desfigurador que jamás se había conocido en la tierra, fue un golpe terrible para el país y el mundo. Al principio sólo hubo un aturdimiento; pero al aparecer un segundo, y al poco tiempo, un tercer caso de la enfermedad, la humanidad entró en acción. La primera medida fue aprobar siete leyes, un Decreto presidencial y tres Convenios contra todo aterrizaje extraterrestre de allí en adelante. Por ende, hasta que terminara la epidemia de japetitis, se puso fin a todos los vuelos extraorbitales.

—Ya vas a estar bien —le susurró ella, y se inclinó para besar la pequeña cara solemne y cómica.

Se decía que no era contagiosa, al menos para adultos. Se enderezó y le sonrió, y Billy le respondió con su media sonrisa —era la mitad de la izquierda—. Le dijo algo, pero sus palabras eran, ahora tan confusas que ella no podía comprenderlas. No soportaba hacerle repetir lo que decía; siempre parecía desconectarse cuando los demás no le entendían, como si pudiera oírse a sí mismo con toda claridad. Entonces, para evitarse la pena de ver la patética mueca que retorcería la parte oscura de su rostro, se limitó e sonreír y repitió:

—Ya vas a estar bien —y después se escabulló.

Afuera, en el pasillo, se reclinó contra la pared durante un momento y se deshizo de la sonrisa, de la hipocresía rígida y dificultosa de aquella sonrisa. Había alguien allí, parado del otro lado del borroso contorno ardiente que había tomado el lugar de la sonrisa.

—¿Cómo pude prometerle eso? —dijo la chica, sintiendo que tenía que expresarlo de alguna manera en ese momento.

—Es inevitable —dijo el hombre, respondiendo. Se libró del mareo y vio que era el doctor Otis—. Yo prometí lo mismo. Es... inevitable —se encogió de hombros—. Jeri Gonzala también lo hace.

—Eso he visto —afirmó la chica—. Él también parece preguntarse «¿Cómo pude...?».

—Hace lo que puede —dijo el doctor, abarcando, con un movimiento de cabeza, el ala especial del hospital en donde estaban parados, la hilera de puertas detrás y más allá: puertas que daban a laboratorios, a cuartos de investigación y de computación, depósitos, habitaciones para personal. Todo donado por el comediante—. En cierta forma, tiene más derecho a hacer una promesa así que el doctor de Billy.

—O que su propia hermana —acotó ella, trémula. Echó a andar por el pasillo, con el doctor a su lado—. ¿Algún caso nuevo?

—Dos.

La chica se estremeció.

—Alguna... —comenzó a decir.

—No —respondió él apresuradamente—, ninguna muerte. —Y como para cambiar de tema, dijo—: Tengo entendido que debo felicitarla.

—¿Qué? ¡Ah! —dijo ella, arrancando de su mente la imagen del rostro de Billy, mitad mármol, mitad caoba inquieta—. ¡Ah, el premio Nobel! Sí, me llamaron esta tarde. Gracias. Pero de algún modo... no significa demasiado en este momento.

Se detuvieron frente a la oficina del doctor, al final del pasillo.

—Creo comprender cómo se siente —dijo—. Lo cambiaría sin vacilación por... —hizo un ademán con la cabeza en dirección al cuarto del chico.

—Llegaría a cambiarlo por una esperanza razonable — acordó ella—. Buenas noches, doctor. ¿Me va a llamar?

—Le voy a avisar si algo pasa. Incluso si es algo bueno. No se olvide de ello; no me gustaría que le tuviera miedo al sonido de mi voz.

—Gracias, doctor.

—Aléjese de la TriTV por esta vez. Necesita descanso.

—Caramba, cierto que hoy es el gran esfuerzo —recordó.

—Aléjese —dijo el doctor con cálida severidad—. No es necesario que tenga siempre presente la japetitis, ni que la persuadan para que preste ayuda.

—Está hablando como el doctor Horowitz.

La sonrisa se apagó. Ella lo había dicho como una broma ligera; de haber estado menos cansada, menos preocupada, hubiera tenido más sentido común. Mejor gusto. El nombre de Horowitz retumbaba en estas salas como una blasfemia. Celebrado en un momento como uno de los más grandes investigadores médicos, le había vuelto la espalda inexplicablemente a Jeri Gonza y a su Fundación, rechazando terminantemente concesiones para investigación, e insultando públicamente al comediante y su gran empresa filantrópica. Como resultado de ello, había perdido su nuevo nombramiento como director del Instituto de Investigaciones y gran parte de su reputación profesional. Y, comportándose como el resentido bufón que era, se había sumergido en investigaciones —«investigaciones verdaderas», las llamó imperdonablemente— de la japetitis, intentando por sus propios medios, no sólo igualar el trabajo de la Fundación, sino sobrepasarlo: «La única forma que conozco», le dijo a un reportero de un diario, «de quitarles el pienso a ese tonto y a sus ovejas amaestradas».

La respuesta de Jeri Gonza era típica: por medio de hábiles chistes en sus programas, convirtió a Horowitz en un nombre impropio, definiendo al horowitz como un tipo de pájaro de mal agüero o un pobre infeliz, patético, ligera-

mente despreciable, incompetente y siempre gracioso; la clase de subhumano que no sólo pide, sino que merece ser víctima de una broma pesada. Esto lo respaldaba con una oferta ampliamente publicitada de una concesión de medio millón para Horowitz; sin ninguna atadura. El doctor Horowitz, después de su primera negativa irreproducible (sus instrucciones para el comediante de lo que podía hacer con su dinero fueron precedidas por la sugerencia de que primero lo convirtiera en moneda), pasó la oferta completamente por alto.

Por lo tanto esta observación, aun hecha por una ganadora del premio Nobel, una mujer bastante guapa, comprensiblemente fatigada y alterada; aun hecha por alguien cuyo hermano menor yacía indefenso entre las garras deformadoras de una enfermedad incurable, a duras penas podía ser perdonada, en especial habiendo sido dirigida al director de la sección de japetitis del Centro Médico y al presidente local de la Fundación.

—Discúlpeme, doctor Otis —dijo la chica—. Probablemente... necesite dormir más de lo que había pensado.

—Es probable que así sea, doctora Barran —dijo secamente el doctor, entrando en su oficina y cerrando la puerta.

—Maldición —dijo Iris Barran, y se fue a su casa.

Nadie supo con exactitud cómo Jeri Gonza se había topado con la idea de un concurso de resistencia transformado en un pedido público de fondos, o cuándo había decidido incluirlo en su caja de sorpresas. No fue el inventor de la idea; era un fenómeno común en las antiguas transmisiones, que tuvieron una breve eclosión cuando se acoplaron el vídeo y el audio en un artefacto llamado televisión. Los espectáculos, que consistían en hasta cuarenta horas seguidas de entretenimiento intercalado con pedidos de ayuda para algún tipo de caridad, eran dirigidos por una sola ce-

lebridad que hacía las veces de maestro de ceremonias y de jefe de reparto. El nombre, terminológicamente bastardo, de este espectáculo era *teletón*, de la raíz griega *tele* —llevar—, y la sílaba *tón*, que carecía de significado por sí sola, pero que era en realidad la última sílaba de la palabra maratón. El teletón, sensacional en un principio, se había desgastado rápidamente, debido a que un número de publicistas codiciosos, por el precio de una llamada telefónica, lo habían utilizado para obtener gran cantidad de publicidad prometiendo donaciones que, en la mayoría de los casos, no daban. El deterioro se debía también al gran porcentaje de ciudadanos cuya generosidad no sobrepasaba los límites de la llamada telefónica. Y además, cuando la novedad pasó, el público ya no veía esos programas. Por esta razón no había teletones desde hacía ochenta años, y aun si existieran hubiera sido difícil encontrar una enfermedad con la cual especular. Los trastornos cardíacos, el cáncer, la esclerosis múltiple, la distrofia muscular y ciertas dolencias más, que atraían la simpatía popular, habían desaparecido hacía ya tiempo o existían en cantidades despreciables.

Ahora, sin embargo, existía la japetitis.

Era una enfermedad del cerebro y del sistema nervioso central, y atacaba a niños entre tres y siete años de edad, afectando sólo un hemisferio, sin que estadísticamente hubiera preferencia por alguno en especial. Los trastornos mentales eran leves —lo cual en cierta manera era uno de los aspectos más trágicos de la enfermedad—, reduciéndose a la afasia y a veces una alexia parcial. Sin embargo, tenía efectos más drásticos en el sistema motor y en todos los mecanismos de regeneración celular del lado afectado, que gradualmente se iba solidificando hasta llegar a ser inerte, inmóvil.

Pero el síntoma más espectacular era la pigmentación superficial. El lado inmovilizado se volvía tan blanco como un hueso fosilizado, mientras que el otro oscurecía paulati-

namente, comenzando con un enrojecimiento y atravesando lentamente los matices castaños hasta adquirir un color chocolate en las etapas posteriores. La división estaba justo sobre la línea media, y la bicoloración era idéntica en todos los casos, independientemente de la pigmentación original.

No se conocía ninguna cura. No se sabía de ningún tratamiento.

Lo único que existía era la Fundación —la Fundación de Jeri Gonza—, y lo único que podía hacer era instalar un costoso equipo operado por costosas personas... y no perder la esperanza. No había nada que nadie pudiera hacer, más que duplicar los esfuerzos de la Fundación, y además, salvo una excepción, la Fundación ya contaba con la gente más destacada en microbiología, neurología, virología, medicina interna y prácticamente cualquier otra disciplina que tuviera algo que ver con la enfermedad. Hasta el momento, había solamente 376 casos conocidos, todos los cuales estaban internados en los hospitales de la Fundación.

Jeri Gonza había estado relacionado con la enfermedad desde un principio, cuando fue de visita al hospital y vio el espantoso aspecto del primer caso, el de la pequeña Linda Tresak de Arkansas. Cuando se produjeron cuatro casos más en el Hospital del Estado de Arkansas después de estar ella internada durante algunos meses, Jeri Gonza entró en acción con su alboroto y velocidad característicos.

Cuarenta y ocho horas después de ponerse al corriente de los nuevos casos, los cinco fueron instalados en un ala evacuada especialmente del Centro Médico, y fueron distribuidos planes de movilización a todos los centros del mundo para que se erigieran nuevas clínicas y se instalaran facilidades similares en el momento en que la enfermedad hiciera su aparición. Hasta el momento había cuarenta y dos clínicas de este tipo. Cada niño había sido recogido escasas horas después del surgimiento de los primeros síntomas, llevado rápidamente al hospital, cuidado, mimado... observado.

Sin tratamiento. Sin cura. El blanco se volvía más blanco, el oscuro se volvía más oscuro; el lado claro se inmovilizaba lentamente, el lado oscuro oscurecía pero no sufría alteración. La dificultad en el habla crecía constantemente — aunque con mucha lentitud—, y el pronóstico era siempre negativo. Negativo por deducción: cualquier organismo en las garras de un deterioro semejante podría sobrevivir durante mucho tiempo quizá, pero al final tendría que sucumbir.

En un mundo pacífico, de economía estabilizada, con la población en crecimiento pero ya no fuera de control, la jaquetitis era una gran preocupación. La más grande de todas.

El teletón, a diferencia de sus antecesores, no tenía por objetivo el dinero del público. Más bien era para mantener despierto un mundo ya consciente, para informar a los ya informados, y su meta era lograr un temprano descubrimiento y diagnóstico. Era una de las pocas direcciones que les quedaba a los investigadores médicos para tomar. La enfermedad era evidentemente contagiosa, pero la forma de transmisión se desconocía. Algún niño, en algún sitio, podría ser encontrado con la suficiente anticipación como para mostrar un indicio del punto de entrada de la enfermedad, algo así como la picadura de la pulga en el tifus exantemático, o la perforación del mosquito en el paludismo: alguna señal que pudiera esfumarse poco después de su aparición. Una esperanza débil, pero una esperanza al fin, cosa que ya de por sí escaseaba entre la gente.

Entonces, frente a un ancho telón de fondo gris con un retrato de trece metros de altura de la cabeza y hombros de un niño llorando, vivamente hecho mitad en plata, mitad en caoba, Jeri Gonza dio apertura a su teletón.

Iris Barran llegó a su casa bien entrado el programa: se había demorado un poco en su visita al hospital. Entró cansadamente y se echó sobre el diván, pensando vagamente

en Billy y el doctor Otis. El recuerdo del doctor le trajo a la memoria la manera en que lo había ofendido, y sintió una oleada de irritación; primero hacia sí misma por haberlo hecho, y de inmediato hacia él por haber sido tan susceptible... y tan implacable. Al mismo tiempo, se acordó de su consejo de dormirse y no mirar el teletón; y en una explosión repentina de rebeldía, casi infantil, golpeó el brazo del diván y la TriTV cobró vida.

La pared de enfrente de la habitación, de cuatro metros de altura por diez de largo, pareció deshilacharse en humo que se aclaró de inmediato para dejar ver una aparente prolongación del piso de la habitación, atrás y más atrás, hasta el telón de fondo grande y gris de Jeri Gonza. Alrededor estaban los sonidos, los olores, la presión de la presencia de miles de personas amontonadas y absortas.

—... así que miré para abajo y el caballito había enganchado su tonta pata en mi tonto estribo. «Caballito», le digo yo, «¡Si tú te subes, yo me bajo!».

La risotada fue una explosión grande, suave, resonante, como de costumbre fuera de toda proporción con la calidad del chiste. Jeri Gonza tenía una habilidad cómica de lo más inaudita; la capacidad de hacer pirámides con sus efectos, de modo que el más ligero de ellos parecía mucho más gracioso de lo que realmente era. Estaba construida sobre la base de chistes y bromas rápidamente unidas, cada una con su pequeña cuota de humor, que el público no festejaba por temor a perderse no sólo el próximo chiste sino también todo el hilo del relato. Cuando la pirámide llegaba a su tope, el desenlace era explosivo. Y sin embargo, en el instante entre el chiste final y la explosión, siempre lograba insertar tres o cuatro sílabas claras. «Mientras venía para acá...», o «Cuando el presidente...», o «Como el horowitz...», las cuales, repetidas y completadas después de la gran carcajada, conformaban la base de la próxima pirámide.